

A los miembros de la Asociación Internacional de Trabajadores
(AIT) en Europa y los Estados Unidos
Manifiesto del Consejo General de la Primera Internacional,
23 de julio de 1870

(Tomado de C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas en tres tomos*, Tomo II, Progreso, Moscú, 1973, páginas 201-205. Redactado por Marx entre el 19 y el 23 de julio de 1870 y publicado en forma de octavilla en inglés en julio de 1870, como también en octavillas y en la prensa periódica en alemán, francés y ruso en agosto-septiembre de 1870.)

En el Manifiesto Inaugural¹ de la *Asociación Internacional de los Trabajadores*, fechado en noviembre de 1864, decíamos: “Si la emancipación de la clase obrera exige su fraternal unión y colaboración, ¿cómo van a poder cumplir esta gran misión con una política exterior que persigue designios criminales, que pone en juego prejuicios nacionales y dilapida en guerras de piratería la sangre y las riquezas del pueblo?” Y definíamos la política exterior a que aspira la Internacional con estas palabras: “Reivindicar que las sencillas leyes de la moral y de la justicia, que deben presidir las relaciones entre los individuos, sean las leyes supremas de las relaciones entre las naciones”.

No puede asombrarnos que Luis Bonaparte, que usurpó su poder explotando la lucha de clases en Francia y lo perpetuó mediante guerras periódicas en el exterior, tratase desde el primer momento a la Internacional como a un enemigo peligroso. En vísperas del plebiscito, ordenó que se diese una batida contra los miembros de los Comités administrativos de la Asociación Internacional de los Trabajadores de un extremo a otro de Francia: en París, en Lyon, en Ruán, en Marsella, en Brest, etc., con el pretexto de que la Internacional era una sociedad secreta y de que estaba complicada en un complot para asesinarle. Lo absurdo de este pretexto fue puesto de manifiesto poco después en toda su plenitud, por sus propios jueces. ¿Qué delito habían cometido, en realidad, las secciones francesas de la Internacional? El de decir al pueblo francés, pública y enérgicamente, que votar por el plebiscito era votar por el despotismo en el interior y por la guerra en el exterior. Y fue obra suya, en realidad, el que en todas las grandes ciudades, en todos los centros industriales de Francia, la clase obrera se levantase como un solo hombre para rechazar el plebiscito. Desgraciadamente, la profunda ignorancia de los distritos rurales hizo inclinarse del lado contrario el platillo de la balanza. Las Bolsas, los gobiernos, las clases dominantes y la prensa de toda Europa celebraron el plebiscito como un triunfo memorable del emperador francés sobre la clase obrera de Francia; en realidad, el plebiscito fue la señal para el asesinato, no ya de un individuo, sino de naciones enteras.

El complot de guerra de julio de 1870 no es más que una edición corregida y aumentada del *coup d'état* de diciembre de 1851. A primera vista la cosa parecía tan absurda que Francia no quería creer que aquello fuese realmente en serio. Se inclinaba más bien a dar oídos al diputado² que denunciaba los discursos belicosos de los ministros como una simple maniobra bursátil. Cuando, por fin, el 15 de julio, la guerra fue oficialmente comunicada al Cuerpo legislativo, toda la oposición se negó a votar los créditos preliminares; hasta el propio Thiers estigmatizó la guerra como “detestable”; todos los periódicos independientes de París la condenaron y, cosa extraña, la prensa de provincias se unió a ellos casi unánimemente.

Mientras tanto, los miembros parisinos de la Internacional habían puesto de nuevo manos a la obra. En *Réveil* del 12 de julio publicaron su manifiesto *A los obreros de todas las naciones* del que tomamos las líneas siguientes:

“Una vez más [decían] bajo el pretexto del equilibrio europeo y del honor nacional, la paz del mundo se ve amenazada por las ambiciones políticas. ¡Obreros de Francia, de Alemania, de España! ¡Unamos nuestras voces en un grito unánime de reprobación contra la guerra!...

¹ Ver en esta misma serie de las Edicions Internacionals Sedov: *Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*.

² Julio Favre.

¡Guerrear por una cuestión de preponderancia o por una dinastía tiene que ser forzosamente considerado por los obreros como un absurdo criminal! ¡Contestando a las proclamas guerreras de quienes se eximen a sí mismos de la contribución de sangre y hallan en las desventuras públicas una fuente de nuevas especulaciones, nosotros, los que queremos paz, trabajo y libertad alzamos nuestra voz de protesta!... ¡Hermanos de Alemania! ¡Nuestras disensiones no harían más que asegurar el triunfo completo del despotismo en ambas orillas del Rin!... ¡Obreros de todos los países! Cualquiera que sea por el momento el resultado de nuestros esfuerzos comunes, nosotros, miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores, que no conoce fronteras, os enviamos, como prenda de una solidaridad indestructible, los buenos deseos y los saludos de los trabajadores de Francia”.

Este manifiesto de nuestras secciones parisinas fue seguido por numerosos llamamientos parecidos de otras partes de Francia, entre los cuales sólo podremos citar aquí la declaración de la sección de Neuilly-sur-Seine, publicada en la *Marseillaise* del 22 de julio:

“¿Es justa esta guerra? ¡No! ¿Es nacional esta guerra? ¡No! Es una guerra puramente dinástica. En nombre de la justicia, de la democracia, de los verdaderos intereses de Francia, nos adherimos por entero y con toda energía a la protesta de la Internacional contra la guerra”.

Estas protestas expresaban, como pronto había de probarlo un curioso incidente, los verdaderos sentimientos de los obreros franceses. Como se lanzara a la calle la *banda del 10 de diciembre* (organizada primeramente bajo el mandato presidencial de Luis Bonaparte), disfrazada con blusas de obreros, para representar las contorsiones de la fiebre bélica, los obreros auténticos de los suburbios se echaron también a la calle en manifestaciones públicas de paz, tan arrolladoras, que Pietri, el prefecto de policía, creyó prudente poner término inmediatamente a toda política callejera, alegando que el leal pueblo de París había manifestado ya suficientemente su patriotismo retenido durante tanto tiempo y su exuberante entusiasmo por la guerra.

Cualquiera que sea el desarrollo de la guerra de Luis Bonaparte con Prusia, en París ya han doblado las campanas por el Segundo Imperio. Acabará como empezó, con una parodia. Pero no olvidemos que fueron los gobiernos y las clases dominantes de Europa quienes permitieron a Luis Bonaparte representar durante dieciocho años la cruel farsa del *Imperio restaurado*.

Por parte de Alemania, la guerra es defensiva, pero ¿quién colocó a Alemania en el trance de tener que defenderse? ¿Quién permitió a Luis Bonaparte guerrear contra ella? ¡Prusia! Fue Bismarck quien conspiró con el mismísimo Luis Bonaparte, con el propósito de aplastar la oposición popular dentro de su país y anexionar Alemania a la dinastía de los Hohenzollern. Si la batalla de Sadowa se hubiese perdido en vez de ganarse, los batallones franceses habrían invadido Alemania como aliados de Prusia. Después de su triunfo, ¿pensó Prusia un solo momento en oponer una Alemania libre a la Francia esclavizada? Todo lo contrario. Sin dejar de conservar celosamente todos los encantos nativos de su antiguo sistema, les añadía todas las mañas del Segundo Imperio: su despotismo efectivo y su democratismo fingido, sus supercherías políticas y sus trapicheos financieros, sus frases grandilocuentes y sus artes vulgares de ratero. Al régimen bonapartista, que hasta ahora sólo había florecido en una orilla del Rin, le salió un émulo al otro lado. Así las cosas, ¿qué podía salir de aquí más que la guerra?

Si la clase obrera alemana permite que la guerra actual pierda su carácter estrictamente defensivo y degenera en una guerra contra el pueblo francés, el triunfo o la derrota serán igualmente desastrosos. Todas las miserias que cayeron sobre Alemania después de su guerra llamada de liberación, renacerán con redoblada intensidad.

Pero los principios de la Internacional se hallan demasiado difundidos y demasiado firmemente arraigados entre la clase obrera alemana para que temamos tan lamentable desenlace. Las voces de los obreros franceses han encontrado eco en Alemania. Una asamblea obrera de masas celebrada en Brunswick el 16 de julio expresó su absoluta solidaridad con el manifiesto de París, rechazó con desprecio toda idea de antagonismo nacional respecto a Francia y cerró sus resoluciones con estas palabras:

“Somos enemigos de todas las guerras, pero sobre todo de las guerras dinásticas... Con profunda pena y gran dolor, nos vemos obligados a soportar una guerra defensiva como un mal inevitable; pero, al mismo tiempo, apelamos a toda la clase obrera alemana para que haga imposible la repetición de una desgracia social tan inmensa, reivindicando para los pueblos mismos la potestad de decidir sobre la paz y la guerra y haciéndoles dueños de sus propios destinos”.

En Chemnitz, una asamblea de delegados, que representaban a 50.000 obreros de Sajonia, adoptó por unanimidad la siguiente resolución:

“En nombre de la democracia alemana y especialmente de los obreros que forman el Partido Socialdemócrata, declaramos que la guerra actual es una guerra exclusivamente dinástica... Nos congratulamos en estrechar la mano fraternal que nos tienden los obreros de Francia... Fieles a la consigna de la Asociación Internacional de los Trabajadores: *¡Proletarios de todos los países, uníos!*, jamás olvidaremos que los obreros *de todos* los países son nuestros *amigos* y los *déspotas* de *todos* los países, nuestros *enemigos*”.

La sección berlinesa de la Internacional contestó también al manifiesto de París:

“Nos adherimos en cuerpo y alma a vuestra protesta... Solemnemente prometemos que ni el toque del clarín ni el retumbar del cañón, ni la victoria ni la derrota, nos desviarán de nuestra causa común, que es laborar por la unión de los obreros de todos los países”.

¡Así sea!

Al fondo de esta lucha suicida se alza la figura siniestra de Rusia. Es un mal presagio que la señal para el desencadenamiento de esta guerra se haya dado cuando el Gobierno ruso acababa de terminar sus líneas estratégicas de ferrocarril y estaba ya concentrando tropas en la dirección del Prut. Por muchas que sean las simpatías que los alemanes puedan justamente reclamar en una guerra defensiva contra la agresión bonapartista, las perderán de golpe si permiten que el Gobierno prusiano pida o acepte la ayuda de los cosacos. Recuerden que, después de su guerra de independencia contra Napoleón I, Alemania yació durante varias generaciones postrada a los pies del zar.

La clase obrera inglesa tiende su mano fraternal a los obreros de Francia y de Alemania. Está firmemente convencida de que, cualquiera que sea el giro que tome la horrenda guerra inminente, la alianza de los obreros de todos los países acabará por liquidar las guerras. El simple hecho de que, mientras la Francia y la Alemania oficiales se lanzan a una lucha fratricida, entre los obreros de estos países se cruzan mensajes de paz y de amistad; ya tan sólo este hecho grandioso, sin precedentes en la historia, abre la perspectiva de un porvenir más luminoso. Demuestra que, frente a la vieja sociedad, con sus miserias económicas y sus demencias políticas, está surgiendo una sociedad nueva, cuyo principio de política internacional será la paz, porque el gobernante nacional será el mismo en todos los países: el trabajo.

La precursora de esta sociedad nueva es la Asociación Internacional de los Trabajadores.
256, High Holborn, London. W. C.
23 de julio de 1870

Serie Primera Internacional
Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es